

## 2. LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: EN EL CORAZÓN DE LA TRINIDAD, LA MIRADA FIJA EN EL SEÑOR

El don de la Madre, el entregarnos y consagrarnos a María, nuestra pertenencia a Ella, son en sí mismos un don de la Santísima Trinidad.

El Padre revela todo Su amor por nosotros en el sacrificio del Hijo en la Cruz. El Espíritu hace vivo y presente el don del Cristo Crucificado. El amor que el Padre manifestó en Cristo nos lo ofrece el Espíritu Santo, Quien permanece para siempre en la Iglesia.

La maternidad de María, por tanto, también nos la ofrece el Espíritu Santo. Así como su maternidad física es obra del Espíritu (“*lo engendrado en ella es del Espíritu Santo*”), su maternidad espiritual es del Espíritu Santo.

Entonces es un regalo de la Trinidad, pero también se refiere a la Trinidad. La Consagración a María tiene como fin y como máxima referencia a la Trinidad, porque toda la vida cristiana está relacionada con la Trinidad. María misma está enteramente relacionada con la Trinidad:

*“[Ella] está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo” (LG 53).*

San Maximiliano se preocupó mucho por la dimensión trinitaria de la consagración a María, porque todo lo que le sucedió a María es obra de la Santísima Trinidad. María vivió una experiencia única de la acción de la Santísima Trinidad en su vida, durante el momento de la Anunciación:

*“Dios Uno y Trino, mira la bajeza (es decir, la humildad, el fundamento de todas las virtudes presentes en Ella) de su sierva y “Aquél que es Omnipotente” hace en Ella “grandes cosas” [cf. Lc 1, 49]. Dios Padre le confía como hijo a su propio Hijo, Dios Hijo baja a su vientre, mientras el Espíritu Santo plasma el Cuerpo de Jesús en el vientre de la Virgen Purísima. Y “el Verbo se hizo Hombre” (Jn 1, 14). La Inmaculada se convierte en Madre de Dios: Cristo, Hombre-Dios, es el fruto del amor de Dios Uno y Trino y de María Inmaculada” (EK 1295).*

Es importante comprender que, a la luz de las consideraciones del padre Kolbe, la profunda relación entre María y la Trinidad es la razón por la que nuestra consagración a Ella implica iniciar un itinerario que nos conduce al encuentro con la Santísima Trinidad.

*María concibió por obra del Espíritu Santo y en su vida siempre fue dócil a la acción del Espíritu.* Nuestra consagración / entrega a María, por tanto, se convierte en confianza en la Presencia Divina. En el Espíritu Santo, María cuida de mí, de nosotros, del mundo. Mi vida y la del mundo están en buenas manos. En manos del Espíritu, en primer lugar y de esta Madre, que ejerce su maternidad por el Espíritu Santo. Es el Espíritu quien une a María con Él mismo en la obra de la santificación de los hombres. Esta maternidad “*en el orden de la gracia*” (LG 61) que María ejerce en la Iglesia, es en el Espíritu Santo. Todavía hoy, como aquel día al pie de la Cruz, recibimos el don de esta maternidad gracias al Espíritu Santo, como ya hemos señalado.

María, por su parte, desde el momento de la Anunciación, fue siempre dócil a la acción del Espíritu. San Lucas subraya la actitud habitual de María, que “*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón...*” (Lc 2, 19.51). María lo cumplió en el Espíritu Santo, en Quien vive el Verbo. La primera actitud para vivir nuestra consagración a María es precisamente la de escuchar al Verbo con total disponibilidad, confianza y entrega al Espíritu.

“*Déjate llevar... por el Espíritu Santo. Déjate llevar por el Espíritu Santo a través de la Inmaculada*” (KW 987 C), como se recordaba a sí mismo San Maximiliano, en un texto que habla de la consagración a María como entrega de sí en las manos de María y docilidad a la obra que realiza el Espíritu en nosotros a través de ella.

*María es la hija predilecta del Padre*, como está escrito en el texto del Concilio Vaticano II (LG 53). Vemos en ella el plan plenamente realizado de Dios para sus criaturas: “*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.... por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser Santos e inmaculados en Su Presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser Sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de Su voluntad*”, escribe San Pablo en la epístola a los Efesios (1, 3-5). En este sentido, María es la hija predilecta del Padre, porque Él realizó primero en ella el sueño que tenía para todos nosotros, haciéndola santa e inmaculada en el amor. Al contemplar este misterio, San Maximiliano escribió que: “*La Inmaculada es ... el límite último entre Dios y la creación. Ella es una imagen fiel de la perfección de Dios, de Su Santidad*” (EK

1232). La vida de María está bajo el signo del amor generoso del Padre desde el comienzo de su existencia. María siente toda la intensidad de ese amor cuando con agradecido asombro y cantando a su Dios, exclama: *“ha puesto los ojos en la pequeñez de Su esclava”* (Lc 1, 48). Este océano de amor que la inunda desde el primer instante de su concepción, se convierte en un río de amor que crece en el seguimiento de su propio Hijo, y que alcanzará su culminación bajo la Cruz. Allí, al pie de la Cruz y conformada a su Hijo en el amor (Fil 2, 5), recibió a cada persona por quien Él se ofrecía y a quien Él le pedía que abrazara como hijo suyo.

De esta actitud de amor y de aceptación de la maternidad de María, surge otra actitud fundamental para vivir nuestra consagración a la Inmaculada: el amor. Es el amor que nos conforma, como a ella, al Hijo.

### **Con Nuestra Mirada Fija en Cristo**

María es especialmente **la Madre de Dios**. Y luego, en esta entrega / consagración a ella, la relación con Cristo es esencial. Ya lo vimos en la reflexión anterior, pero ahora volvemos al tema, porque es muy importante.

El objetivo de la consagración a María es el crecimiento en nuestra Fe en Cristo el Señor.

María es completamente relativa a Cristo. Las palabras que dijo María a los sirvientes en la Boda de Caná son las que nos repite a cada uno de nosotros: *“Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2, 1-12).

María fue la primera en hacer lo que decía Jesús. En su vida encontramos el consumado modelo de discípulo del Señor: *“Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen”* (Lc 8, 21). Jesús señala la vida de María como una vida totalmente conformada a Su Palabra. María, por esta unión íntima con la vida entera del Hijo, en obediencia a la voluntad del Padre, nos invita a dirigir nuestra mirada hacia Él. Ella nos recuerda que Él es *“el Camino, la Verdad y la Vida”* (Jn 14, 6). *“Hagan lo que Él les diga”* es su propio compartir de una experiencia de vida, realizada en el servicio del amor a Cristo; de una vida que encuentra su sentido en la conformidad con Él y que experimenta existencialmente la unión del sarmiento a la vid (Jn 15, 1ff.).

María expresa su maternidad hacia nosotros mostrándonos al Hijo, deseando nuestra conformidad con Él. San Maximiliano nos recuerda que María tiene como objetivo

hacernos alcanzar la estatura de Cristo. Ella quiere que resplandezcamos con Su belleza.

La consagración a María, por tanto, no es simplemente una devoción o una idea, sino un camino de conformidad con Cristo. Significa caminar con María hacia Cristo, centrando cada vez más nuestra vida en Él. De ahí surge un compromiso de vida: la comunión con Cristo y la conformidad con Él hasta la entrega total de nosotros mismos, como lo hizo San Maximiliano. En él se hicieron realidad las palabras más desafiantes del Evangelio: el amor a los enemigos y, sobre todo, el amor más grande: “*dar la vida por sus amigos*” (Jn 15, 13), que es exactamente lo que Jesús hizo por nosotros en la Cruz.

La consagración a María como la enseñó San Maximiliano Kolbe es una experiencia centrada en Cristo.

No se centra en María, sino en Cristo, como destaca San Pablo VI en la homilía de beatificación de San Maximiliano Kolbe, el 17 de octubre de 1971:

*“Maximiliano Kolbe fue apóstol de la veneración de la Santísima Virgen, considerada en su primer y original esplendor privilegiado, según ella misma se definió en Lourdes: la Inmaculada Concepción. Es imposible separar el nombre, la actividad y la misión del beato Kolbe, del de María Inmaculada. Fue él quien instituyó la Milicia de la Inmaculada aquí en Roma, incluso antes de ser ordenado sacerdote, el 16 de octubre de 1917. Hoy podemos conmemorar su aniversario.*

*“Es bien conocido cómo el franciscano humilde y manso, dotado de una audacia formidable y un genio organizativo extraordinario, desarrolló la iniciativa y difundió la devoción a la Madre de Cristo, contemplada como vestida de Sol (cf. Ap 12,1). Esta devoción fue el eje de su espiritualidad, de su apostolado y de su teología.*

*“Que ninguna vacilación frene nuestra admiración y compromiso con todo lo que nuestro nuevo beato nos ha dejado como herencia y ejemplo, como si también nosotros desconfiáramos de tal exaltación de María ante otros dos movimientos teológicos, el cristológico y el eclesiológico, que hoy en día parecen competir con los mariológicos. Al contrario, no hay competencia, porque en la Mariología del padre Kolbe, Cristo ocupa no sólo el primer lugar, sino el único lugar necesario y suficiente en la*

*economía de la salvación. Su amor por la Iglesia y su misión salvífica nunca fue olvidado ni en su mirada doctrinal ni en su objetivo apostólico. Por el contrario, es precisamente del papel complementario y subordinado de Nuestra Señora con respecto al plan salvífico universal de Cristo que Ella deriva todas sus prerrogativas y grandeza.*

*“¡Qué bien lo sabemos! Y Kolbe, en consonancia con toda la doctrina, toda la liturgia y toda la teología de la vida interior de la Iglesia Católica, ve a María incluida en el plan de salvación de Dios como el ‘término fijo del consejo eterno’ (cf. Dante Alighieri, La divina comedia, canto XXXIII), como la llena de gracia, como el Trono de la Sabiduría, como la mujer destinada desde toda la eternidad para ser la Madre de Cristo, como Reina del Reino Mesianico, y al mismo tiempo como la Esclava del Señor, elegida para participar en el Acto Redentor como Madre del Hombre-Dios, nuestro Salvador. ‘María es aquella por cuya intercesión los hombres llegan a Jesús y aquella a través de la cual Jesús llega a los hombres’ (L. Bouver, Le trône de la Sagesse [El trono de la sabiduría], P. 69).*

*“Por tanto, nuestro beato no debe ser reprendido, ni la Iglesia con él, por su entusiasmo por la veneración religiosa formal de la Madre de Dios. Esta veneración con sus ritos y prácticas nunca alcanzará plenamente el nivel que merece, ni los beneficios que puede aportar, debido precisamente al misterio que la une a Cristo, lo cual encuentra documentación fascinante en el Nuevo Testamento. El resultado nunca será una ‘Mariolatría’, así como el sol nunca será oscurecido por la luna; ni tampoco se desvirtuará jamás la misión de salvación encomendada específicamente al ministerio de la Iglesia, si ésta honra en María, a una excepcional Hija y Madre Espiritual. El aspecto característico, es decir, el aspecto en sí mismo original de la devoción del beato Kolbe, de su ‘hiperdulía’ a María, es la importancia que le atribuye en relación con las necesidades actuales de la Iglesia, la eficacia de su profecía sobre la gloria del Señor y la reivindicación de los humildes, el poder de su intercesión, el esplendor de su ejemplaridad, y la presencia de su caridad materna. El Concilio nos confirmó en estas certezas, y ahora desde el cielo el padre Kolbe nos está enseñando y ayudándonos a meditarlas y*

*vivirlas. Este perfil mariano de nuestro nuevo beato lo sitúa entre los grandes Santos y videntes que han comprendido, venerado y cantado el misterio de María”.*

